



Rana saltarina, o los ocho orangutanes encadenados

Hop-Frog, or the Eight Chained Ourang-Outangs

■ Edgar Allan Poe(†)*

■ Nunca he conocido a nadie tan entusiasmado con una broma como el rey. Parecía vivir sólo para las bromas. Contarle una historia con chistes y contársela bien, era la forma más segura de obtener su favor. Ello coincidía en sus siete ministros, todos destacados bromistas. Además, todos se parecían al rey en que eran de elevada estatura, corpulentos, sudorosos y dotados de una gracia inimitable. Nunca he podido aclarar si la gente es gorda por ser bromista, o si hay algo en la propia grasa que predispone a la broma; pero es cierto que un bromista delgado es una *rara avis in terris*.

En lo que se refiere al refinamiento o, como él lo denominaba, la “sombra” del ingenio, el rey se preocupaba muy poco. Sentía una admiración especial por lo desmesurado de una broma y a menudo era capaz de añadirle “volumen” para redondearla. Le molestaban las sutilezas. Hubiera preferido el Gargantúa de Rabelais al Zadig de Voltaire; y, en general, las bromas llevadas a la práctica se ajustaban más a su gusto que las puramente verbales.

En la época de mi relato los bufones reconocidos como tales aún estaban de moda en la corte. Algunas de las grandes potencias continentales todavía conservaban sus *locos*, que se vestían con trajes chillones, gorros y cascabeles y siempre debían estar atentos con prontas agudezas para merecer las migajas que caían de la mesa real.

Nuestro rey mantenía su loco como mera rutina. La verdad es que necesitaba algo de locura, aunque sólo fuera para contrarrestar la pesada sabiduría de los siete sabios que eran sus ministros... y la suya propia.

Sin embargo, su loco, o bromista profesional, no era sólo un loco. Su valor se triplicaba ante los ojos del rey porque también era enano y cojo. Por entonces los enanos eran tan frecuentes en la corte como los chiflados y muchos monarcas habrían tenido dificultad en pasar sus días (días que en la corte son más

* Relato publicado el 17 de marzo de 1849 en el semanario bostoniano *The Flag of our Union* con el título *Hop-Frog, or the Eight Chained Ourang-Outangs*. Traducción de A. Pérez-Gutiérrez.

largos que en cualquier otro lugar) sin un bufón con quien reírse y un enano del que reírse. Pero, como sabemos, los bufones son gordos, redondos y patosos en el noventa y nueve por ciento de los casos, por lo que no era una pequeña fuente de autosatisfacción para nuestro rey el que Rana Saltarina (ya que así se llamaba el bufón) albergara un triple tesoro en su persona.

Creo que sus padrinos no dieron al enano el nombre de Rana Saltarina al bautizarle, sino que cayó sobre él por común acuerdo de los siete ministros dada su incapacidad de caminar como los demás hombres. Así, Rana saltarina sólo podía avanzar mediante una marcha errática, algo comprendido entre brincos y contorsiones; un movimiento que divertía enormemente al rey y que, por supuesto, le servía a la vez de consuelo, (dada la prominencia de su estómago y el notable volumen de su cabeza, aunque fuera visto por la corte como un compendio de perfecciones).

Pero, si por la deformidad de sus piernas Rana Saltarina sólo podía moverse por un camino o por el suelo con gran dolor, parecía que la naturaleza hubiera deseado compensar lo defectuoso de sus miembros inferiores otorgando a sus brazos una prodigiosa potencia muscular que le permitía realizar muchas proezas, siempre y cuando fuera trepar por cuerdas o árboles. Y, cuando hacía esos ejercicios, ciertamente parecía más una ardilla o un pequeño mono que una rana.

No puedo decir con seguridad de qué país procedía. Sin embargo debía ser de alguna región bárbara de la que nadie había oído hablar y muy lejana de la corte de nuestro rey. Rana Saltarina y una muchacha algo menos enana que él (aunque de proporciones perfectas y bailarina maravillosa) habían sido arrancados de sus respectivos hogares en provincias colindantes y enviados al rey como un presente por uno de sus siempre victoriosos generales.

No debe sorprender que en esas circunstancias se desarrollara una estrecha intimidad entre los dos pequeños cautivos y que muy pronto llegaran a ser entrañables amigos. A pesar de sus ejercicios gimnásticos, Rana Saltarina no era popular en la corte, lo que le impedía prestar servicios a Trippetta; pero ella, con su gracia y belleza exquisita, pese a ser una enana, era admirada y mimada por todos, de manera que poseía mucha influencia; una influencia que nunca dejaba de utilizar, siempre que podía, en beneficio de su amigo.

Con motivo de una gran solemnidad oficial —he olvidado cuál— el rey decidió celebrar una baile de disfraces y, como siempre que en nuestra corte se organizaban esos bailes o fiestas semejantes, tanto Rana Saltarina como Trippetta estaban seguros de que se requeriría su actuación. En especial el primero, cuya capacidad de invención para montar espectáculos, sugerencia de personajes originales y preparación de máscaras para el baile era tal, que parecía que nada pudiera hacerse sin su colaboración.

Llegó la noche elegida para la fiesta. Bajo la supervisión de Trippetta se había preparado un salón espléndido, con todos los detalles que pudieran dar brillantez a una mascarada. Toda la corte ardía con la fiebre de la expectación. Con respecto a los trajes y personajes puede suponerse que todos ya lo tenían decidido. Muchos se habían preparado (junto con el papel que debían asumir) con una semana o incluso un mes de antelación; y, en efecto, en nadie había

una brizna de indecisión... excepto en el rey y sus siete ministros. Es difícil saber la razón por la que precisamente ellos vacilaban, salvo que lo hicieran como una broma. Es muy probable que fuera su gordura lo que les dificultaba tomar la decisión. Mientras tanto el tiempo volaba y como último recurso decidieron llamar a Trippetta y a Rana Saltarina.

Cuando los dos pequeños amigos obedecieron la llamada del rey, lo encontraron bebiendo vino con los siete miembros de su gabinete; pero el monarca parecía estar de muy mal humor. Sabía que a Rana Saltarina no le gustaba el vino, ya que el pobre desgraciado se excitaba casi hasta la locura y la locura no es una agradable sensación. Sin embargo, al rey le gustaban sus bromas y le complacía forzarle a beber para (como él decía) “ponerse chispa”.

—Ven aquí, Rana Saltarina, —ordenó en el instante en que el bufón y su amiga entraban en la sala. —Bébeteste esta copa a la salud de tus amigos ausentes... (aquí el bufón suspiró) y entonces tendremos el beneficio de tu invención. Necesitamos personajes... personajes, ¿comprendes?; algo nuevo, fuera de lo común. Estamos cansados de esta perpetua monotonía. ¡Ven, bebe! El vino hará brillar tu ingenio.

Como solía hacer, Rana Saltarina intentó evadirse de las palabras del rey con una broma, pero el esfuerzo fue inútil. Ocurría que aquel día era el cumpleaños del pobre enano y la orden de beber por sus “amigos ausentes” hizo aflorar lágrimas en sus ojos. Muchas, grandes y amargas gotas cayeron en la copa cuando, humildemente, la cogió de manos del tirano.

—¡Ja!, ¡Ja!, ¡Ja! —éste se carcajeó; mientras el enano la vaciaba con reluctancia. —¡Mirad lo que puede lograr un vaso de buen vino! ¡Si hasta le brillan los ojos! ¡Pobre desgraciado! —Sus grandes ojos, más que brillar, lanzaban destellos, pues el efecto del vino sobre su excitable cerebro era tan poderoso como inmediato. Inquieto, depositó la copa en la mesa mientras miraba alrededor con una expresión casi enloquecida. Todos parecían muy divertidos por el éxito de la broma del rey. —Y ahora vayamos a lo serio —dijo el primer ministro, un hombre muy obeso.

—Sí —concedió el rey. —Ven y ayúdanos. Personajes, querido mío. Lo que nosotros necesitamos son personajes. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Y, como eso parecía ser otra broma, su risa fue coreada por una carcajada de los siete. Rana Saltarina también se rió, pero débilmente y como si se hallara distraído.

—Vamos, vamos —dijo impaciente el rey. —¿No tienes nada que proponernos?

—Estoy intentando pensar algo *nuevo*— contestó de manera abstraída el enano, totalmente confuso por el vino.

—¡Intentando! —gritó con violencia el tirano. —¿Qué quieres decir? ¡Ah! ¡Ya entiendo! Estás de mal humor y quieres más vino. Aquí tienes. ¡Bebe esto! —Y llenando otra copa se la ofreció al lisiado, que sólo la miró mientras se esforzaba en respirar.

—¡Te digo que bebas! —gritó el monstruo. —¡O por todos los demonios que...! —El enano vaciló. El rey estaba rojo de ira. Los cortesanos sonreían bobamente. Trippetta, pálida como un cadáver, avanzó hasta el trono del monarca y, poniéndose de rodillas, le imploró que dejara a su amigo.

Ante tamaña audacia, el tirano la miró asombrado durante unos instantes. Parecía no poder decir o hacer algo... cómo expresar adecuadamente su indignación. Al fin, sin haber pronunciado una sola sílaba, la empujó con violencia a la vez que lanzaba sobre ella el contenido de la rebosante copa.

La pobre niña se levantó como pudo y, sin siquiera atreverse a respirar, volvió a su lugar a los pies de la mesa.

Durante medio minuto se hizo un silencio de muerte en el que hubiera podido oírse la caída de una hoja o una pluma. Un silencio que se vio interrumpido por un áspero y prolongado chirrido, que parecía proceder a la vez de todos los ángulos de la sala.

—¿Qué?... ¿qué ruido estás haciendo? —preguntó el rey, volviéndose furioso hacia el enano. Éste parecía haberse recuperado en gran medida de su intoxicación y mirando fija y tranquilamente a la cara del tirano, sencillamente exclamó: —¿Yo? Yo no hago ningún ruido.

—Parecía que el sonido venía de fuera —apuntó un cortesano. —Me imagino que era el loro que está en la ventana al frotarse el pico con los barrotas de su jaula.

—Cierto —afirmó el monarca, como si la sugerencia le aliviara. —Pero, por mi honor de caballero, hubiera jurado que era este vagabundo el que lo hacía con los dientes.

En ese momento el enano se echó a reír (y el rey era demasiado bromista como para poner reparos a la risa de cualquiera) dejando ver unos grandes, poderosos y muy repulsivos dientes. Es más, declaró que estaba en perfecta disposición para beber todo el vino que quisiera el rey, con lo que el monarca se tranquilizó. Y después de trasegar otra copa sin ningún efecto negativo perceptible, Rana Saltarina empezó a exponer con viveza sus planes para el baile de disfraces.

—No me puedo explicar la asociación de ideas —observó serenamente, como si jamás en su vida hubiera probado el vino—, pero justo después de que su majestad hubiera empujado a la niña y lanzado el vino a su cara; precisamente después de que su majestad hubiera hecho eso y mientras en la ventana el loro producía ese extraño ruido, vino a mi memoria una diversión extraordinaria... una de las bromas más extravagantes de mi país y que con frecuencia se hacen allí en nuestras mascaradas: pero aquí sería absolutamente nuevo. Sin embargo, por desgracia se necesita un grupo de ocho personas y...

—¡Aquí estamos! —exclamó el rey, riéndose de su agudo descubrimiento de la coincidencia— ¡Exactamente ocho: yo y mis siete ministros! ¡Vamos! ¿Cómo es la diversión?

—La llamamos —contestó el enano— “los ocho orangutanes encadenados” y, cuando es bien representada, resulta sobresaliente.

—Nosotros la representaremos a la perfección —señaló el rey, irguiéndose y entornando los párpados.

—Lo divertido del juego —prosiguió Rana Saltarina— reside en el espanto que causa a las mujeres.

—¡Fantástico! —gritaron a coro el monarca y sus ministros.

—Yo os disfrazaré de orangutanes —siguió el enano. —Dejadlo todo en mis manos. El parecido será tan sorprendente que los asistentes al baile os toma-

rán por auténticos animales... y, por supuesto, quedarán tan aterrorizados como asombrados.

—¡Oh! ¡Es perfecto! —exclamó el rey—. Rana Saltarina, yo haré de ti un hombre.

—Utilizamos cadenas porque, con el ruido que hacen al chocar, aumentan la confusión. Se debe suponer que os habéis escapado en masa de vuestros vigilantes. Su majestad no puede imaginar el efecto que produce en una mascarada ver ocho orangutanes encadenados, imaginados como auténticos por la mayoría de los asistentes, lanzando gritos salvajes entre el exquisito grupo de hombres y mujeres. El contraste es inimitable.

—Así debe ser —dijo el rey, a la vez que el consejo de ministros se levantaba apresuradamente (se estaba haciendo tarde) para poner en práctica la idea de Rana Saltarina.

Su manera de disfrazarlos como orangutanes fue muy sencilla pero suficiente para su objetivo. En los tiempos en que acontece mi relato, los animales en cuestión rara vez habían sido vistos en ningún lugar del mundo civilizado; y, como las imitaciones hechas por el enano eran suficientemente fieras y más que suficientemente horrorosas, todos estarían seguros de hallarse ante una exacta reproducción de la naturaleza.

En primer lugar, el rey y sus ministros se pusieron camisetas y calzoncillos muy ajustados. A continuación fueron embadurnados de brea. Alguno de los ministros sugirió entonces la idea de ponerse plumas, pero enseguida fue descartada por el enano que convenció a todos mediante una demostración práctica de que el pelo de los orangutanes se imitaba mucho mejor con estopa. En consecuencia, se aplicó una gruesa capa de ésta sobre la brea. Después se consiguió una larga cadena. Rana Saltarina rodeó con ella la cintura del rey y la aseguró; después hizo lo mismo con otro del grupo y sucesivamente con el resto. Cuando se completó el encadenamiento, los integrantes del grupo se separaron todo lo que podían hasta formar un círculo y, para que todo pareciera natural, Rana Saltarina utilizó el resto de la cadena para cruzar el círculo de lado a lado como con dos diámetros formando un ángulo recto, tal como hoy hacen los que capturan chimpancés u otros grandes monos en Borneo.

El gran salón en que se iba a celebrar la mascarada era una sala circular de techo muy elevado y que sólo recibía la luz del sol por una pequeña claraboya situada en su cúpula. Durante la noche (momento para el que había sido diseñado el salón) se iluminaba fundamentalmente con una gran araña que colgaba de una cadena procedente del centro de la claraboya y que podía bajarse o elevarse mediante un contrapeso corriente que por estética se hallaba por fuera de la cúpula, sobre el techo.

Los preparativos de la sala habían sido supervisados por Trippetta; pero, parece ser que en algunos puntos se había dejado aconsejar por la más serena opinión de su amigo el enano. Así, por sugerencia suya, en esta ocasión la araña fue retirada. Las gotas de cera, casi inevitables en días calurosos, hubieran perjudicado las ricas vestimentas de los invitados, que, por la multitud que abarrotaría el salón, no podrían alejarse del centro; es decir, de debajo de la araña. En su lugar se instalaron candelabros suplementarios en diferentes puntos de

la sala de manera que no molestaran; y un total de cincuenta o sesenta antorchas, que despedían un dulce aroma, fueron puestas en la mano derecha de cada una de las cariátides que se erguían de espaldas a las paredes.

Por consejo de Rana Saltarina, los ocho orangutanes esperaron pacientemente hasta la medianoche para hacer su entrada, cuando el salón estaba totalmente lleno de enmascarados. Tan pronto como se hubo apagado la última campanada del reloj, se precipitaron —o, mejor, rodaron juntos— ya que el estorbo que significaban sus cadenas los hizo caer a casi todos y que todos tropezaran cuando entraban en el salón.

La excitación entre los enmascarados fue inmensa y llenó de regocijo el corazón del rey. Y, como había sido previsto, no pocos de los invitados creyeron que aquellas criaturas de apariencia feroz, si no precisamente orangutanes, al menos sí pertenecían a algún tipo de bestias salvajes. Muchas mujeres se desmayaron aterrorizadas y, de no haber tenido el rey la precaución de prohibir todo tipo de armas en el salón, muy pronto su grupo hubiera expiado el juego con su sangre. A falta de armas se produjo una desbandada general hacia las puertas; pero el rey había ordenado que fueran cerradas inmediatamente después de su entrada y las llaves le habían sido confiadas al enano, como éste mismo había sugerido.

Cuando el tumulto alcanzaba su apogeo y cada enmascarado sólo se preocupaba de su propia seguridad (ya que ahora, por la aglomeración de la masa excitada, existía un peligro mucho más real) hubiera podido observarse que la cadena de la que habitualmente colgaba la araña, y que había sido subida al ser ésta retirada, empezaba a descender lentamente hasta que el gancho de su extremo quedaba a unos tres pies del suelo.

Poco después el rey y sus siete amigos, que habían estado dando tumbos en todas direcciones por el salón, acabaron encontrándose en su centro y, por lo tanto, en contacto con la cadena que descendía desde el techo. Mientras se hallaban así situados, el enano, que en silencio había estado siguiéndoles de cerca mientras les animaba a continuar el alboroto, se apoderó de la cadena que enlazaba al grupo en el punto en que los dos diámetros cruzaban el círculo perpendicularmente. Entonces, con la rapidez del rayo fijó allí el gancho de la cadena de la que antes colgaba la araña y en un instante, por una fuerza invisible, esa cadena se elevó hasta dejar el gancho fuera del alcance de todos; y, como inevitable consecuencia, arrastró a los orangutanes apretujándolos y dejándolos cara con cara.

A esas alturas, los enmascarados, que iban recuperándose, al menos en parte, del susto y empezaban a considerar todo aquello como una broma bien urdida, rompieron a reír al ver la apurada situación en la que se encontraban los monos.

—¡Dejádmelos a mí! —gritó entonces Rana Saltarina, cuya aguda voz se hacía oír en medio de todo el estrépito. —Dejádmelos a mí. Tengo la impresión de que los conozco. Si pudiera verlos desde un poco más cerca podría decirlos quiénes son.

Trepando sobre las cabezas de la masa, logró llegar hasta la pared, donde alcanzó una antorcha de una de las cariátides. Volvió inmediatamente al cen-

tro de la sala y, saltando con la agilidad de un mono por encima de la cabeza del rey, trepó por la cadena a la vez que bajaba la antorcha para observar el grupo de orangutanes y gritaba de nuevo: —¡Pronto podré deciros quiénes son!

Y entonces, mientras la totalidad de los presentes (incluidos los monos) se deshacían de risa, el bufón lanzó un agudo silbido. Al instante, la cadena se elevó violentamente unos diez metros, arrastrando con ella a los aterrados orangutanes que pugnaban por soltarse, y los dejó suspendidos en el aire, a mitad de camino entre la claraboya y el suelo. Rana Saltarina, agarrado a la cadena mientras ésta se elevaba, mantenía la misma posición por encima de los ocho disfrazados y, como si nada hubiera pasado, seguía aproximando la antorcha hacia ellos, fingiendo querer descubrir de quiénes se trataba.

La muchedumbre estaba tan sorprendida con aquel ascenso, que durante casi un minuto se produjo un silencio de muerte. Un silencio que sólo se quebró por un áspero y prolongado chirrido, similar al que había llamado la atención del rey y sus ministros después de que el primero hubiera lanzado el vino al rostro de Trippetta. Pero en esta ocasión no había duda de dónde venía el sonido. Procedía de los dientes del enano, semejantes a los de una fiera, que rechinaban mientras salía espuma de su boca, y sus ojos se clavaban con expresión enloquecida en los rostros del rey y sus siete compañeros.

—¡Ah! ¡Ya veo! —gritó, por fin, el enfurecido bufón. —¡Ah! ¡Ya veo quiénes están aquí! —Y entonces, como si quisiera mirar al rey más de cerca, acercó la antorcha a la estopa que le recubría y que instantáneamente se convirtió en una capa de vivas llamaradas. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían violentamente entre los gritos de la multitud que, atenazada por el horror, los miraba desde abajo sin poder prestarles ninguna ayuda.

La virulencia de las llamas aumentó bruscamente, alcanzando una altura que obligó al bufón a trepar por la cadena para quedar fuera de su alcance; y, cuando hacía tal movimiento, la masa volvió a quedar en silencio por un instante. La ocasión fue aprovechada por el enano, que habló una vez más:

—Ahora veo con nitidez de quiénes se trata —dijo. —Veo qué tipo de gente son estos enmascarados. Son un gran rey y sus siete consejeros privados. Un rey que no tiene escrúpulos en pegar a una niña indefensa, y sus siete consejeros, cómplices del ultraje. Por mi parte, yo soy, simplemente, Rana Saltarina, el bufón... y esta es mi última bufonada.

La fácil combustión de la brea y la estopa a ella pegada, hizo que la obra de la venganza se viera cumplida por completo no bien el bufón hubo terminado su breve parlamento. Los siete cadáveres pendían de sus cadenas en un fétido, negruzco, repugnante e irreconocible magma. El lisiado lanzó su antorcha sobre ellos y luego, trepando tranquilamente hasta el techo, desapareció por la claraboya.

Se supone que Trippetta, situada en el tejado del salón, había sido cómplice de su amigo en su ardiente venganza y que huyeron juntos a su país, ya que nadie ha vuelto a verlos desde entonces.